

¿UN PUENTE DEMASIADO LEJANO? FASCISMO, FALANGE Y FRANQUISMO EN LA FUNDACIÓN Y EN LA AGONÍA DEL RÉGIMEN¹

FERRAN GALLEGO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

La crisis terminal de un régimen siempre revela su carácter originario. No me refiero sólo a las virtudes explicativas del momento final de su caída, sino al proceso más dilatado de declive, crisis y quiebra de aquellas condiciones de cohesión que permitieron constituirlo y extender su existencia durante un largo periodo. Esto sucede de un modo más claro cuando el caso que examinamos es el de una dictadura formada en la época de entreguerras y capaz de sobrevivir durante una etapa tan duradera como la que ocupó el franquismo. Por un lado, la crisis se presentó en forma de una dispersión de corrientes cuya vinculación a una sola cultura política original se defendía, desde las instancias del poder, por los mismos sectores que progresivamente quisieron destacar sus diferencias, hasta llegar a identificarse por su mutuo antagonismo a medida que se avanzaba en el proceso de ruptura democrática. Por otro, las circunstancias agónicas del régimen fueron dando paso a la elaboración y proyección de una radicalidad del cambio que trataba de favorecer, desde los sectores reformistas, dos percepciones sociales aparentemente contradictorias. Así, mientras se señalaba la rotunda liquidación de las instituciones franquistas, se hacía de esta ruptura el resultado directo de una evolución producida por la misma lógica de la dictadura, incluyendo las previsiones sucesorias y el flexible margen de maniobra ofrecido por el entramado normativo que se caracterizó como una «constitución abierta». Ciertamente, el debate sobre la profundidad, el ritmo y el protagonismo de los cambios determinaron espacios de conflicto que, al tiempo que manifestaban distintas versiones de la reforma, indicaban una diversidad más honda, que hundía sus raíces y su identidad en el desarrollo de la trayectoria completa del régimen.

El proceso de dispersión provocado por la crisis —y, a la vez, causa de la gravedad de la misma— permite considerar cuáles fueron aquellos factores que permitieron una integración en torno al proyecto durante la guerra civil que no

¹ Este trabajo se enmarca en la investigación realizada en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

fue posible articular en los años terminales del franquismo, cuando el Movimiento llevó adelante una ofensiva destinada a adquirir un papel exclusivo en el proceso de institucionalización del régimen en la etapa sucesoria. No sólo el proceso de desguace final del régimen permite realizar esta reflexión, sino también una etapa en la que el fascismo muestra su carácter *revocable*, al ingresar el sistema en una etapa que había liquidado sus principales apoyos internacionales, dejando la era del fascismo como un proyecto y una cultura restringidos al periodo comprendido entre el final de la Gran Guerra y los estertores de la segunda guerra mundial. La capacidad de integración del falangismo y su liderazgo en la caracterización doctrinal y el control político del régimen pasó por vicisitudes que nunca supusieron la marginación de los falangistas del control del partido único, aunque pudieran implicar la revisión de la función de éste e incluso su conversión en un «movimiento» integrado en las instituciones, que, sin embargo, nunca se deseó contemplar como una opción administrativa. Precisamente el examen de la ofensiva lanzada por el Movimiento en los últimos años de Franco, con un apoyo claro del propio Caudillo, puede indicar la permanencia de una voluntad totalizadora que no se basaba en aspectos ilusorios, sino en la conciencia de un poder central en el aparato del Estado y una referencia doctrinal inexcusable para la definición política del franquismo.

Este trabajo propone reflexionar sobre los dos momentos críticos del franquismo —la etapa fundacional y la agonía previa a la desaparición del dictador—, señalando el papel fundamental desempeñado por el falangismo como doctrina y como organización, para ofrecer un marco de convergencia que proporcionara al régimen una sola cultura política. De una parte, el momento crítico inicial, caracterizado por el escenario de la guerra civil y la conjunción de diversos sectores en la opción más congruente con las circunstancias y objetivos de la sublevación, pasa a subrayar como carácter de toda experiencia fascista la capacidad integradora de esta cultura, que consigue incluir en un solo movimiento a amplios sectores de la derecha, obteniendo la *representación* de una movilización social heterogénea, pero encauzada en un proyecto en el que los factores de unidad son más relevantes que aquellos conflictos inherentes a una diversidad inevitable, si es que quería llevarse a cabo la movilización de todas las facetas contrarrevolucionarias bajo un solo proyecto, con recursos ideológicos y políticos para absorberlas. Por otro lado, el momento crítico final, en el que el esfuerzo desarrollado para sostener esta unidad bajo el renovado liderazgo del Movimiento Nacional resultó bloqueado por las propias condiciones políticas en que se desarrollaba el intento de supervivencia del régimen. Las expectativas puestas en la capacidad de control del aparato del Estado y la movilización del partido único trataron de reiterar aquellas condiciones de agregación y renovación política, creyendo que la situación era más ventajosa que la que se experimentaba en la guerra civil. La recuperación de la iniciativa política parecía posible en una men-

talidad formada en la prolongada permanencia de un régimen y en la función aglutinadora que el falangismo creía estar en condiciones de proporcionar. Y tales expectativas no dejaron de basarse en la confianza en una cultura que, en las circunstancias vividas cuarenta años atrás, había permitido la victoria y el proceso constituyente del Nuevo Estado.

LA CONSTITUCIÓN DEL FASCISMO ESPAÑOL: UNIDAD Y HETEROGENEIDAD

Las discrepancias internas y la aceptación de un proyecto común fueron factores indisolubles en la fundación y evolución del franquismo. Ambos factores caracterizaron las limitaciones de las crisis que experimentó el régimen, incluyendo las que se produjeron en el mismo proceso constituyente². Los conflictos se reiteraron sin ponerlo nunca en peligro, dado que las propuestas siempre se produjeron como expresión de una diversidad interna, y se legitimaron por su compromiso esencial con el proyecto político del 18 de julio. Podría decirse que tal diversidad se sostenía por la vehemencia con la que cada una de las tendencias en conflicto manifestaba ser la auténtica plasmación de lo que habían sido los motivos esenciales de la sublevación y de la guerra civil. Así, la legitimidad proporcionada por la guerra civil y la victoria era buscada como un elemento de identidad de la que todos los sectores enfrentados deseaban apropiarse.

Los conflictos entre los sublevados y luego vencedores fueron distintos a episodios circunstanciales y recursos tácticos, que empezaban y concluían en una confrontación efímera. Eran distintos también a un sistema plural que tuviera que dar satisfacción a los integrantes de una coalición política, cuyos diversos proyectos reclamaban la visibilidad de su conquista de espacios de poder. Ni la condición accidental y transitoria de las querellas, ni la definición de una cultura política del régimen, sustituida por la convivencia de proyectos diversos e incluso antagónicos, da cuenta adecuada de su carácter. De hecho, ni siquiera ofrece una aproximación satisfactoria al perfil de cada una de las corrientes que convivieron bajo el mismo sistema. El principio de unidad bajo el que se gestionó la movilización de un heterogéneo sector antirrepublicano en julio de 1936 no fue nunca un elemento instrumental, destinado a disciplinar a los sectores que participaron en la sublevación. Lejos de responder meramente a las exigencias de una guerra a gran escala, la unidad se esgrimía como el motivo fundamental de la movilización y la condición sobre la que podría construirse el Nuevo Estado. La unidad de los españoles, fragmentada por la cultura liberal, amenazada por el socialismo, desafiada por el nacionalismo catalán o el vasco, pasó a ser el factor más impor-

² SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas. El agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, 2007 (4), pp. 137-163.

tante de identificación de un bando que adoptó el nombre de «nacional» no sólo por su deseo de extranjerizar cualquier actitud de resistencia a la sublevación, sino por la ambición de estar procediendo a la constitución de un proyecto político total³.

Tal voluntad y capacidad de encaje en una movilización unitaria había de convivir con una heterogeneidad que reforzaba la capacidad de convocatoria, la integración y la operatividad de un proyecto político compartido. A la constitución del movimiento salvador se acudía desde experiencias políticas distintas, desde tradiciones que se habían expresado durante la etapa republicana —y aun en los años anteriores— creando sus propios espacios organizativos y siendo fieles a una genealogía doctrinal distintiva. Si, en las condiciones de la república, la radicalización de la derecha española ya había ido mermando la percepción de la autonomía de sus diversos componentes, procediéndose a la colaboración política y, lo que era más significativo, al intercambio de motivos ideológicos, las condiciones de la guerra civil dejaron atrás una simple complicidad para dar paso a la construcción de un mismo movimiento y de unas instituciones representativas de todos aquellos que participaban en la sublevación. La guerra civil, considerada con frecuencia como una alternativa a la conquista del poder por el fascismo fue, en cambio, el marco para que se produjera la masificación de este movimiento y la construcción de un nuevo Estado, fabricado desde la misma raíz, aprovechando la destrucción del orden institucional previo. El proceso de fascistización desembocó en un movimiento, un régimen y una cultura política fascistas, como resultado del encuentro, en esa fase catalizadora, de diversas respuestas al doble desafío de la decadencia de España y de la amenaza de los sectores que la aprovechaban. Todo aquello que representaba la modernización promovida por la anti-España debía ser respondido por la movilización que conduciría a una nueva nacionalización de las masas, a una vía española a la modernidad cuyos indicios exclusivos se habían dado ya en la defensa de la comunidad cristiana universal por el imperio, y cuya actualización en el siglo XX se realizaba en la capacidad aglutinadora del fascismo⁴.

Esta última cuestión es fundamental para comprender el proceso de fascistización, por el que la cultura fascista pasa a ser no sólo hegemónica, sino aquella en la que se insertan los distintos sectores de la derecha radical. Si esta virtud de convertirse en cauce común se da en todas las experiencias europeas, en el caso

³ He planteado algunas de estas cuestiones en «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*. Madrid, Los libros de la catarata, 2011, pp. 249-268.

⁴ Las motivaciones del bando sublevado han sido recogidas en un número de trabajos que superan en mucho la posibilidad de ser citados aquí, como se verá en otros temas relacionados con esta reflexión. Sin embargo, creo que la mejor aproximación a este tema es la de NUÑEZ SEIXAS, X.M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 178-327.

español el fascismo podía beneficiarse precisamente de lo que en sus inicios como organización autónoma habían sido obstáculos a su desarrollo. De hecho, la «llegada tardía» del partido fascista⁵, supuso que el espacio fascista estuviera definido más allá de lo que limitaba el área de la organización nacionalsindicalista. Por ello, la influencia del fascismo español estuvo muy lejos de limitarse a la que pudiera ejercer políticamente Falange de las JONS. En el momento en que se produjo la crisis final del régimen republicano y cuando se decidió pasar a una vía armada, que podía tomar la forma de un golpe de Estado con considerable intervención civil o la de una sublevación, el fascismo disponía de dos factores que le permitieron convertirse en aglutinador del movimiento nacionalista. Por un lado, la importancia adquirida, en un proceso de mutua contaminación, por el *área fascistizada*, de la cual formaba parte la misma FE de las JONS⁶. La relación entre el partido fascista y las organizaciones de la derecha española más extrema había sido de colaboración y de impregnación doctrinal, que respondía a la existencia de un clima común, ya expuesto como *crisis del parlamentarismo* y voluntad de un Estado nuevo por los sectores alfonsinos, confirmando la denuncia del liberalismo por los carlistas, aunque en una trayectoria doctrinal distinta, mucho más cercana al clasicismo maurrasiano que al integrista, regionalismo e incluso populismo tradicionalista⁷. De hecho, la fusión entre falangistas y jonsistas ya había supuesto una primera síntesis entre los sectores nacionalsindi-

⁵ CHUECA, R.: *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*. Madrid, CIS, 1983; JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo en la crisis de la Segunda República*. Madrid, Turner, 1979.

⁶ José Calvo Sotelo afirmaba en *El pueblo manchego*, el 7 de mayo de 1936, que «El ambiente fascista actual es enorme en toda la nación. (...) Es una disposición de espíritu, más que un movimiento reflexivo. (...) Pero acabará tomando plenitud íntima, trabazón perfecta y radiación nacional». («A propósito del fascismo», *Obras Completas*. Madrid, Actas, 2009, vol. V-1, pp. 393-395).

⁷ Esta posición alfonsina podía detectarse ya en la forma en que sus futuros dirigentes afrontaron la crisis ideológica derivada de la Gran Guerra. Quien sería el más destacado dirigente de Renovación Española, Antonio Goicoechea, afirmaba en 1925, tras comparar la actitud de Mussolini ante el parlamento con las condiciones en que se desarrolló la Asamblea Nacional francesa: «Aquel entusiasmo que ponía, según la expresiva frase de Taine, al servicio de una retórica de pedantes un énfasis de energúmenos, se ha extinguido en el transcurso de un siglo... 1789 es la aurora de un régimen; 1922 inicia su crepúsculo.» (GOICOECHEA, A.: *La crisis del constitucionalismo moderno*. Madrid, Voluntad, 1925, p. 32). Esa evolución, en el marco político de la Dictadura de Primo de Rivera puede seguirse en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A.: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid, CEC, 2008. Las actitudes de este sector a favor de una posición análoga de diversos sectores de la derecha en busca de un nuevo orden puede verse en «Hacia un Estado Nuevo», *Acción Española* (42, 1 de diciembre de 1933), pp. 513-516. La discrepancia fundamental entre Acción Española y el fascismo ha sido destacada con un examen riguroso, aunque yo no comparto sus conclusiones, por Pedro Carlos González Cuevas en su exhaustivo trabajo *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*. Madrid, Tecnos, 1998. Téngase en cuenta, sin embargo, que el propio González Cuevas considera que Falange no era una organización fascista, sino cristiana y autoritaria. Puede encontrarse una serie de estudios sobre personalidades que convergerán en este punto en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A. y ARCO BLANCO, M.A. del: *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada, Comares, 2010.

calistas más avanzados y quienes sólo se decidieron a constituir una organización de este tipo a partir de 1933, como resultado de una evolución que se consideraba natural entre las posiciones iniciales de un monarquismo autoritario clasista y las de un fascismo menos proclive a la organización de masas que a la exaltación de una minoría rectora. El segundo aspecto favorable se refiere a la flexibilidad doctrinal del fascismo y al tipo de organización y estrategia subversiva que permitía la incorporación a su estrategia de los diversos sectores de la derecha en proceso de radicalización. El fascismo español podía presentarse como defensor de la causa del catolicismo sin desmentir uno solo de sus postulados fundacionales, sino corroborando lo que era una concepción de la nación y del Imperio inseparable de la defensa del catolicismo de la contrarreforma⁸. Podía, además, realizar el llamamiento a las masas que había ido estado presente en todas las actitudes de la derecha española⁹, mientras rechazaba las veleidades románticas de otras experiencias como el nacionalsocialismo, eligiendo el camino de un nacionalismo clasista, partidario de una tradición consolidada en el Estado y manteniendo la condición aristocrática de una política al servicio de España¹⁰. Ofrecía una versión de la política de unidad que no se encontraba en los elementos de disidencia de ninguna otra fuerza política de la derecha —en especial, los factores dinásticos—, mientras aseguraba la militarización de la conquista del poder que era la vía más coherente para la captura u organización del Nuevo Estado, aunque la violencia estuviera muy lejos de ser un patrimonio exclusivo del fascismo. Por todos estos motivos, el fascismo español cumplía esas condiciones que no sólo se referían a su capacidad de *reunir coyunturalmente* a diversas culturas políticas, sino de capturar un espacio totalizado por su doctrina y por su estrategia.

Las tensiones entre continuidad y ruptura fueron características del nuevo régimen, junto a la heterogeneidad de sus componentes. Podían observarse en el propio discurso que legitimaba la sublevación, siendo siempre capaz de presentarse como síntesis entre una tradición actualizada y una revolución cuyo objetivo

⁸ Un especialista en el pensamiento de Víctor Pradera como José Luis Orella ha podido indicar, en la presentación a la edición en un volumen de la revista *Jerarquía*, que «Finalmente, España se había partido en dos y sus regeneradores también, pero aquella pugna podía dar la oportunidad esperada de conciliar el catolicismo substancial de la entraña española con el espíritu regenerador y juvenil, similar a lo que había pasado en el país cisalpino.» (ORELLA, J.L.: «Introducción», *Jerarquía. La revista negra de la Falange. Pamplona, 1936-1938*. Madrid, Barbarroja, 2011, p. 14).

⁹ Incluso de un Calvo Sotelo, que el 6 de octubre de 1935 escribía: «Hace falta sumar la tradición a la masa. Masa sin tradición es ruptura y caos. Tradición sin masa sería, probablemente, aniquilamiento. Pero el sufragio desenfrenado es la masa sin tradición. Necesitamos, pues, al pueblo. Como el pueblo necesita la tradición augusta de una continuidad histórica afianzada.» (*Alborada*, 6 de octubre de 1935, en *Obras Completas...* volumen V-1, pp. 450-453). Como correspondía a la ideología fascista, Calvo Sotelo señalaba en ese mismo lugar que el destino del pueblo no era gobernar, sino ser bien gobernado.

¹⁰ PRIMO DE RIVERA, J.A.: «España y la barbarie», *Obras Completas*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1945, pp. 37-43.

era restaurar la esencia de una España eterna, rompiendo con aquellos factores del pasado reciente que habían impedido su realización histórica. Más allá de ese discurso, existían los elementos de una continuidad que no pueden despreciarse, ya que sin ellos nunca habría existido una movilización con la magnitud suficiente para enfrentarse a las condiciones bélicas de la conquista del poder. Tal continuidad no se expresaba sólo en la capacidad de incorporar a sectores sociales que deseaban volver a disponer de las instituciones como un patrimonio desafiado por la experiencia republicana. Se refería, también, a la asunción de diversas genealogías culturales que habían de reconocerse como complementarias. En ambos sentidos, esa permanencia modificada por las condiciones de la conquista del poder resultó conflictiva, porque debía canalizarse a través de una organización de la dominación social distinta a la existente antes del periodo republicano. Debía competir en un espacio que no era el de una mera *devolución* de los mecanismos de control social y de preservación de los privilegios políticos, sino el establecimiento de nuevos cauces de promoción y de un nuevo discurso político que les diera coherencia y capacidad de movilización. Si las capas desplazadas de los instrumentos de poder político en 1931 pudieron regresar, directa o indirectamente, a ejercer su influencia, hubieron de hacerlo en circunstancias nacionales que se habían modificado radicalmente, por las condiciones de la guerra y por el proyecto que había ido definiéndose en su desarrollo, estimulado por quienes disponían de una mayor capacidad de movilización y de definición de objetivos políticos generales congruentes con las necesidades del Nuevo Estado¹¹. Por otro lado, si podía establecerse un proyecto coherente, había de hacerse sobre la capacidad sintética y los amplios recursos de movilización ofrecidos por la Falange, cuyo fascismo originario ya disponía de elementos de comunicación ideológica y de combinación de estrategias con otros sectores de la derecha radical española antes del 18 de julio. Se trataba de una Falange cuyo catolicismo

¹¹ Sobre la incorporación al Nuevo Estado a través de la disciplina política militarizada por la guerra, CENARRO, Á.: «Instituciones y poder local en el “Nuevo Estado”», en JULIÁ, S. (coord.): *República y guerra en España (1931-1939)*. Madrid, Taurus, 2006, pp. 421-447; la defensa de los elementos de continuidad ha tenido un excelente planteamiento en CAZORLA, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000. Julián Casanova ha destacado que los conflictos bien documentados por las experiencias locales nada tenían que envidiar a los que se producían en Alemania o Italia, en «Una dictadura de cuarenta años», CASANOVA, J., ESPINOSA, F., MIR, C. y MORENO, F.: *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, 2004. Un espléndido trabajo sobre la construcción del Estado a escala local y las relaciones entre los sectores tradicionales y el nuevo marco político es el de ARCO BLANCO, M.A. del y GÓMEZ OLIVER, M.: «Los franquistas del campo. Los apoyos sociales rurales del régimen de Franco (1936-1951)», en ORTEGA LÓPEZ, T. y COBO ROMERO, F. (eds.): *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*. Granada, Comares, 2011, pp. 257-287. Es indispensable, por su capacidad de llevar el análisis local a una reflexión nacional, el trabajo de ORTEGA LÓPEZ, T. y COBO ROMERO, F.: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental*. Universidad de Granada, 2005, que ofrece un inteligente, documentado y estimulante estudio sobre la formación del poder local, la ruptura con el pasado y las inercias presentes en el régimen modificadas por el fascismo, relacionándolo con lo que sucede en las experiencias similares del continente.

esencial y fundacional pasó a ser profundizado y expuesto como un factor peculiar del nacionalismo fascista español. Del mismo modo, el tradicionalismo se reconocía en una genealogía cuya actualización se encontraba en el falangismo, capaz de incorporar a los diversos sectores reaccionarios que habían abandonado cualquier veleidad liberal desde los años veinte¹². Actitud que fue respondida por un impulso unitario similar de las otras corrientes que convergieron en la sublevación de julio de 1936 y que, desde el punto de vista doctrinal, no dudaron en insertar el pensamiento joseantoniano en una corriente integradora del pensamiento contrarrevolucionario español que desembocaba en el Movimiento Nacional.

Ni la heterogeneidad ni las tensiones entre continuidad y ruptura que se dieron en España pueden considerarse elementos que aíslen esta experiencia de las que se produjeron en los movimientos y los regímenes fascistas europeos. Lo que puede destacarse es la *forma* de realización de ambas características *comunes* en las condiciones fundacionales del Nuevo Estado. La construcción de las instituciones del Estado y de los servicios del partido único *en una fase de guerra* fue un elemento determinante y distintivo, como lo fue establecer los elementos radicales de exclusión e integración de acuerdo con la lógica de la contienda, capaz de crear estructuras transversales que separaban a *vencedores y vencidos*. El movimiento fascista español, a diferencia de lo que sucedió en Alemania o Italia, no se creó y desarrolló al margen de un Estado que debía ser ocupado, creciendo con más o menos lentitud, acumulando fuerzas para llevar adelante un pacto con los sectores tradicionales anclados en las instituciones y presentes en espacios sociales paralelos. El proceso de fascistización de la comunidad política se había realizado tanto en el interior de la burocracia estatal conservadora como —sobre todo— en el exterior de las instituciones. En tales experiencias, sin embargo, el fascismo como movimiento de masas —y, por tanto, como factor relevante desde el punto de vista histórico y como posibilidad política de la captura del poder— obedeció también a un proceso de integración de sectores que continuaron manteniendo, en el seno de una organización unitaria y en el marco de un régimen totalitario, sus propias motivaciones para ingresar en un mismo movimiento, su propia percepción de lo que era la revolución nacional y su conciencia de preservarlas en situación de conflicto no sólo con otras *corrientes* del movimiento, sino también con *actitudes* dispersas en la sociedad. Lo decisivo fue siempre la capacidad de integración de la que el fascismo hizo gala, única forma de obtener el respaldo de quienes no se

¹² La definición de los dos proyectos nacionalistas en competencia y colaboración, aunque en posiciones antagónicas de fondo, fue definido por Ismael Saz en *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2002. La evolución de ambas culturas, aunque indicando un mayor nivel de complicidad, en JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004, pp. 275-355. Sobre el proceso de fascistización, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid, Alianza, 2011. La porosidad entre los diversos sectores de la derecha radical fue propuesto hace bastantes años por P. Preston en *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*. Madrid, Sistema, 1986.

habían inclinado a favor del partido original en el momento de su fundación. El *fascismo resultante* —algo distinto a la tradicional división entre fascismo/régimen y fascismo/movimiento, ya que se produjo también en la etapa previa a la conquista del poder— fue siempre receptor de un aluvión de adhesiones, aceleradas en momentos de profunda y decisiva crisis nacional¹³.

La similitud se refiere, además, a la realización de una función social semejante, en la que la necesidad de enfrentarse a la democratización de la sociedad y sus amenazas de pérdida de privilegios, prestigio e identidades culturales, puestos en peligro por los procesos políticos que siguieron a la Gran Guerra, se concretó en la creación, durante un largo proceso, de una alternativa política presentada como respuesta simultánea al liberalismo, a la democracia y a la revolución social. Por ello mismo, las cosas iban mucho más lejos que la articulación de un simple «frente común» circunstancial. Por el contrario, había de manifestarse una voluntad de permanencia sólo imaginable en un afán totalizador y una percepción de que los conflictos siempre se subordinaban a un espacio ideológico compartido y a un origen legitimador que a todos pertenecía. Las divergencias pueden examinarse como luchas por espacios de poder, pero deben ser analizadas también —y, quizá, sobre todo— como reflejo de la capacidad representativa del movimiento y del régimen fascista. Cualquier sector que se enfrentaba a otro en la lucha por adquirir una mayor visibilidad en esta representación de la comunidad nacionalizada lo hacía siempre afirmando la mayor autenticidad de su forma de entender el fascismo. Si algo distinguía el proceso político español fue la radicalización acelerada y el marco de estímulo a la unidad que se propició en la guerra civil, su nivel de militarización de masas y la posibilidad de inclusión y exclusión radicales, bajo la sombra de una violencia que sustituía las combinaciones de movilización de secuaces y negociación con otros espacios de la derecha tradicional, que había caracterizado el ascenso del fascismo en Europa¹⁴. La lógica de la guerra civil no estableció un fascismo *deficiente* ni, mucho menos, una *alternativa* al fascismo en España. La contienda y la victoria crearon las condiciones específicas de su realización, nunca de su frustración. El fascismo no fue algo que el régimen *contenía* como una cultura entre otras, y disponiendo de unos representantes de la misma capaz de ganar espacios de mayor o menor influencia en el sistema. El régimen era fascista en su totalidad, aun cuando no todos los sectores que se identificaban con el Nuevo Estado fueran fascistas *del mismo modo* y, podríamos decirlo con unas palabras sólo alusivas, *con la misma inten-*

¹³ Para un mayor detalle de mis posiciones en este campo, «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*. Barcelona, El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.

¹⁴ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza, 2008.

sidad. Los sistemas fascistas establecieron siempre, por su misma capacidad y necesidad de una movilización amplia de sectores heterogéneos, una pluralidad que nunca tuvo el carácter de una coalición. Se reconoció por todos que la cultura política fascista vertebraba el régimen, además de señalar que los instrumentos de poder desarrollados por éste, incluyendo todo el material discursivo y simbólico de persuasión de masas y la voluntad de su moderna nacionalización, correspondían a la actualización de las opciones contrarrevolucionarias a través del fascismo. La relación conflictiva no se estableció entre quienes eran fascistas y quienes *los aceptaban*, sino entre quienes comprendieron el proyecto fascista de acuerdo con las motivaciones sociales e ideológicas diversas que condujeron a ese proceso de integración, sin que el proyecto fuera contemplado nunca *desde el exterior*¹⁵.

Para un sector importante de la historiografía española, el proceso de fascistización no concluyó en el fascismo. La fascistización había sido una impregnación que afectó a todas las culturas políticas de la derecha radical española, en un proceso que ni siquiera había partido de la capacidad falangista de convencer a los sectores conservadores españoles, sino de una transformación cultural más amplia, radicada en la atención a un fenómeno «de época», que provocaba mutaciones en la radicalización de la derecha a escala europea. Según esto, lo que caracterizó al franquismo fue la cohabitación de culturas políticas en conflicto permanente o una coalición de distintos proyectos en la defensa de los mismos intereses sociales. El propio desarrollo e incluso la persistencia del régimen se explica, desde este punto de vista, por una capacidad de convocatoria que debía anular las pretensiones hegemónicas del sector fascista de los sublevados para lograr la adhesión de quienes siempre se consideraron ajenos a esta cultura política, a pesar de ser miembros del partido unificado en 1937. Estas apreciaciones no descartan la existencia de heterogeneidad en los regímenes fascistas, pero la consideran de naturaleza distinta al proceso de fascistización español, en especial porque en España se produce algo más que una pluralidad, superada por el *antagonismo* entre culturas políticas irreconciliables¹⁶.

¹⁵ El cumplimiento de esa función social común puede verse, por ejemplo, en CENARRO, Á.: *La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona, Crítica, 2006; CASANOVA, J.: «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en AA.VV.: *Del pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón, 1936-1939*. 2ª ed., Zaragoza, Mira, 1999, pp. 13-38; MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid, Cátedra, 2005.

¹⁶ Tales posiciones son las que han marcado el desarrollo de la historiografía acerca del fascismo español desde el trabajo pionero de PAYNE, S.G.: *Falange. Historia del fascismo español*. París, Ruedo Ibérico, 1965. La definición de régimen fascistizado y el antagonismo de dos culturas nacionalistas ha sido propuesta por I. Saz desde los años noventa y, en especial, en *España...*, otra visión de la pluralidad fundamental e incluso antagonica del régimen, en las obras de SÁNCHEZ RECIO G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*. Alicante, Instituto Gil-Albert, 1991; ÍD.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*. Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2008; THOMÁS, J. M.: *La Falange de Franco*. Barcelona, Plaza y Janés, 2001, LAZO, A.:

Tales cuestiones nos llevan a la congruencia entre los elementos discursivos del régimen y su capacidad de organizar su dominación política. Conducen a valorar dónde se emplazan los factores simbólicos, pero también los recursos de movilización de los que se dota un partido cuya ideología se fijó en el proceso de síntesis doctrinal realizada durante la guerra civil y la inmediata posguerra. No se trata de una mera teoría cobijada en los textos doctrinales o cínicamente expuesta en una retórica apartada de la realidad y destinada a su permanente falsificación, sino de una *práctica discursiva* destinada a cohesionar a una masa social que se ha unido a la sublevación y que habrá de hacerlo con algo más que con palabras, pero pasando necesariamente por ellas. Ese discurso es utilizado en los mecanismos de socialización indispensables para perpetuar el régimen e incluso para llevarlo a la generación que no ha hecho la guerra, pero que debe ser integrada en esa experiencia a través de la permanencia de una legitimidad de origen del Nuevo Estado. Es el discurso «combatiente» que se ofrece a la juventud, a las mujeres, a los atendidos por los mecanismos asistenciales, a los encuadrados en los sistemas de control sindical, a los estudiantes universitarios a los que se infunde una misión en forma de un discurso sobre las tareas del SEU, pero también, en aquellas facultades dedicadas a la formación de profesionales del derecho, de la economía o de la administración pública, a las razones jurídicas del Estado nacionalsindicalista. El carácter penitencial de la exclusión recalca por los sectores más tradicionales y el afán integrador que exhala la retórica falangista no pueden presentarse como un rasgo que escinde a los vencedores. En primer lugar, porque ni siquiera el sincretismo fascista español puede eludir el cedazo selectivo de su propia ideología, cuyo sentido totalizador se considera suficiente para la redención de los equivocados. Además, porque los límites de las conversiones aceptadas pueden seguirse, desde el principio, en las publicaciones falangistas más cercanas a estos planteamientos, y porque ese sentido penitencial está incluido en sus actitudes de condena aparentemente amable y *siempre asimétrica* de las dos Españas superadas por el triunfo en la guerra civil. La hegemonía falangista siempre se mantuvo, en tiempos de afirmación plena de su relación con el fascismo europeo, sobre la base de una asimilación en su proyecto de la genealogía del tradicionalismo y de la catolicidad de un horizonte político que mereciera el atributo de la españolidad¹⁷.

Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército. Madrid, Síntesis, 2008; ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983.* Barcelona, Crítica, 1984; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS.* Madrid, Alianza, 2000, por citar sólo estudios a escala nacional.

¹⁷ GALLEGO, F.: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa.* Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337; otra visión en MUÑOZ SORO, J.: «Entre héroes y mártires: la síntesis católica de Joaquín Ruiz Giménez, 1939-1951», *Ibid.*, pp. 339-369.

«ESPAÑOLIZACIÓN» Y DESFASCISTIZACIÓN DEL MOVIMIENTO Y EL RÉGIMEN

La *españolización* del 18 de julio fue uno de los elementos claves de legitimación del franquismo y de creación de una cultura política que llegaba a persuadir a la sociedad de su carácter excepcional, ajeno a las vicisitudes de la crisis europea de entreguerras. Esta autoevaluación no se realizó desde las posiciones opuestas al falangismo, sino por el conjunto del régimen, incluyendo a una Falange que empezó muy pronto a considerar, primero, sus rasgos específicos y, después, su oposición tajante a las doctrinas y los Estados fascistas. *Los mismos* ideólogos que habían definido el nacionalsindicalismo como un movimiento y una propuesta política que respondía a la crisis de la sociedad y el Estado liberal, sin dejar de establecer su normalidad en una movilización europea que estaba haciendo un camino equivalente, pasaron a hacer del falangismo una «forma de ser» *estrictamente española*, una solución exclusiva desde la que se aleccionaba al débil liberalismo vencedor en la segunda guerra mundial¹⁸. Si puede plantearse un debate acerca del carácter de la fascistización española, no cabe duda de la existencia de un proceso de desfascistización impulsado, paradójicamente, por quienes son aceptados como los únicos verdaderos fascistas españoles, ya que es impensable que la rectificación ideológica y política realizada a partir de 1942-1943 se hiciera al margen de quien disponía de los recursos más importantes de orientación política en el Nuevo Estado.

Este proceso pudo adquirir los rasgos de verdadera obscenidad, en manos de los propagandistas del régimen y, en especial, en boca de los antiguos defensores del nuevo orden europeo. Por ejemplo, al señalar que el pensamiento joseantoniano había sido, desde su misma exposición, una alternativa al fascismo, y que el nacionalsindicalismo había tenido mucho más que ver con el cristianismo social que con los regímenes del Eje. Lo que en la inmediata posguerra se presentaba como «aportación española» a un movimiento «de las juventudes europeas», como había de definir Laín Entralgo el catolicismo esencial de Falange¹⁹, pasó a ser aquello que diferenciaba la comunidad cristiana y el Estado católico defendido por ésta de los regímenes totalitarios que habían empezado a caer en 1943. Si el nacionalsindicalismo pasaba a diferenciarse del fascismo desde antes de la guerra civil, los adversarios de la Falange en el seno del régimen pronto empezaron a destacar su *propia y exclusiva* oposición a las actitudes políticas sospechosas de esa complicidad. La deformación llegó, así, al nivel de poder expresar

¹⁸ Entre los casos más vistosos están LEGAZ LACAMBRA, L.: cuyos trabajos de «desfascistización» pueden leerse en los estudios reunidos en *Horizontes del pensamiento jurídico*. Barcelona, Bosch, 1947, o de CONDE, J.: *Introducción al Derecho Político actual*. Madrid, Escorial, 1942; ÍD.: *Representación política y régimen español*. Madrid, Subsecretaría de Educación Popular, 1945.

¹⁹ LAÍN ENTRALGO, P.: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*. Madrid, 1941, pp. 19-20.

la existencia de un *antifascismo franquista*, basado precisamente en la existencia de quienes habían permanecido leales al régimen *a pesar* de la presencia dominante de los falangistas. Una afirmación que difícilmente puede considerarse gratuita cuando una reciente biografía de José Enrique Varela se refiere, en el mismo título, nada menos que «al general antifascista de Franco»²⁰. La obscenidad no reside en afirmar, como lo hace una amplia, rigurosa y respetable gama de historiadores, la existencia de sectores no fascistas en el régimen de Franco; se encuentra en el paso del *no fascismo al antifascismo*, que debe referirse a la oposición al régimen *en su conjunto*. Difícilmente podemos conceder el atributo de antifascista a quienes se sentaron en el Consejo Nacional, en el Gobierno o fueron capaces de ocupar cargos de alcaldes o gobernadores civiles asumiendo, a la vez, su condición de jefes locales o provinciales del partido. Liquidada la insultante paradoja, sin embargo, la cuestión sigue en pie: la naturaleza del nacionalsindicalismo, el carácter del partido único, la evolución de los diversos modos de ser falangista en la España que avanza en la fase histórica de la posguerra y la distinta relación con el falangismo de los componentes del régimen. Para quienes consideramos que el régimen es incomprensible en su fundación y en su desarrollo fuera del espacio del fascismo, la clave no reside en los conflictos en sí mismos, sino en su carácter antagónico o no, que determina la pertenencia a la cultura fascista de sus sectores en competencia.

Aun cuando el debate acerca de la dinámica política del régimen y, por tanto, de su naturaleza, se establece en la definición de sus orígenes, el factor que provoca una aproximación más compleja es la quiebra del panorama europeo en el que se produjo la constitución del Nuevo Estado. El análisis del franquismo no puede realizarse, en el periodo más prolongado de su consolidación, comparándolo con experiencias contemporáneas, dada la caducidad política de los regímenes fascistas fundamentales, acompañada de una marginación del campo de las ideologías que proyecta determinados anacronismos sobre el vigor y el prestigio del fascismo en los años anteriores a 1945. A este inconveniente, se suman los factores de turbación del análisis que provoca la propia evolución política del régimen, cuyo desarrollo se produce en el seno de este proceso de desfascistización, pero aceptándose generalmente una *permanencia del fascismo* en su seno, cuya mayor o menor marginalidad varía según el punto de vista de los historiadores. Mi posición es que el franquismo, siendo fascista en su fase originaria, tuvo que ir dejando de serlo en un contexto en el que no sólo se arriesgaba al repudio exterior, sino también a la posibilidad de una fractura de su *cobesión interna* en caso de mantenerse las condiciones de sus primeros años. Y esto significa que debemos referirnos a la forma en que evolucionaron quienes habían prestado su apoyo al régimen, sirviendo *a un proyecto* cuyos presupuestos ideo-

²⁰ MARTINEZ RODA, F.: *Varela. El general antifascista de Franco*. Madrid, La esfera de los libros, 2012.

lógicos, instrumentos de movilización, mecanismos de socialización, fórmulas de liderazgo y vías de representación institucional eran equivalentes a los de los regímenes fascistas europeos. Ese proyecto incluía la voluntad de *un sector* del fascismo español de dotar al partido de un poder que resultó derrotado, si se esperaba la absorción de la sociedad y la anulación de cualquier forma de vida pública alternativa, pero que estuvo muy lejos de plantear la frustración permanente de la *totalidad del fascismo*. La imposibilidad de satisfacer todas las aspiraciones que se atribuían a la Falange fundacional supuso siempre un acicate para procurar la mayor integración entre Estado y Partido, afirmando una lealtad a la jefatura máxima del Estado que era, en sí misma, obediencia al caudillo máximo del partido único. Además, claro está, de presentarse como un útil material retórico, destinado a conjugar el amplio control de elementos claves de la sociedad con la permanente justificación de un horizonte obstaculizado por sectores tibios y oportunistas, lastre que estuvo presente en la retórica del falangismo hasta el final del régimen²¹. Tal acusación, que era respondida con los reproches de demagogia y exclusivismo, lanzados muchas veces desde el propio aparato del Movimiento Nacional, fue característica del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán, donde el enfrentamiento entre «moderados» y «radicales» —para simplificar las cosas de un modo más que insatisfactorio— se produjo en el interior y en el exterior del partido. Afectó, además, a aspectos nada secundarios, como lo indican los conflictos entre las agencias nacionalsocialistas y el gobierno por el control del sistema de seguridad o por el de las relaciones laborales, o el enfrentamiento, en el seno del fascismo italiano, por definir el Estado corporativo o la función esencial o contingente del partido. Factores a los que puede añadirse el modo en que Franco quiso preservar el espacio de actuación del falangismo tanto al principio como *al final* del régimen y que no creo que responda a una instrumentalización inicial y a una radicalización postrera en las orientaciones políticas del Caudillo.

La desfascistización nos permite comprender en qué consistió su fenómeno inverso, el proceso aglutinante y sintetizador de la fascistización previa. Y, aún más, cuando el abandono de este campo se produce a través de la persistencia y consolidación del régimen nacido gracias a esa dinámica generadora del fascismo. Tal persistencia no sólo se produce en un ecosistema internacional hostil, sino en unas condiciones españolas en las que los conflictos entre las diversas corrientes insertadas en un proyecto impulsado por la guerra civil han de preservar el acuerdo fundamental entre los adictos al Nuevo Estado. Aun cuando no podamos establecer un elemento de comparación con un futurible de manifiesta

²¹ Esta posición resulta especialmente visible en las intervenciones públicas del ministro secretario general y luego ministro de la Vivienda José Luis Arrese (ARRESE, J.L.: *Escritos y discursos*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1943; *Hacia una meta institucional*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957; en esta colección, destaca «Misión de la Falange en la hora actual», fechado en 1945).

inutilidad —qué habría sucedido en el caso de que el régimen de Mussolini se hubiera mantenido en el poder tras la segunda guerra mundial, por ejemplo—, existen factores que, con la debida cautela, pueden sugerir aportaciones interesantes sobre lo que *ocurrió realmente* con el fascismo europeo como corriente política y como un conjunto de valores compartidos por sectores de la sociedad similares a los que dieron su apoyo al franquismo.

La crisis del fascismo italiano indica que la quiebra interna del movimiento condujo a que ninguno de los sectores en pugna pudiera ofrecer una salida política, provocando la caducidad del fascismo *en su conjunto*. En plena crisis nacional, el fascismo había perdido capacidad representativa y lo expresó con su propia quiebra interna, que demostraba la imposibilidad de restaurar un movimiento de convergencia e integración como el que se había dado después de la Gran Guerra. La actitud del falangismo español, dividido entre su apoyo a la resistencia de los *repubblichini* o la defensa de la actitud moderada de Bottai o Grandi, indica cómo se refleja esa diversidad en un momento en que en España se está alentando el proceso de construcción de una identidad integradora *alternativa* al fascismo europeo²². De forma más confusa, menos propagada en el exterior y menos investigada por los historiadores, la crisis nacional de Alemania llevará a una quiebra de la relación entre el proyecto político y la sociedad, así como a una exasperación de líneas de conflicto ya expresadas antes en el seno de la dirección del Estado y del partido. La defensa del concepto de «guerra total» de Goebbels enfrentará una concepción «socialista» de la cultura nazi que hallará crecientes espacios de conflicto con la dictadura tecnocrática de Speer o con la utopía racial de Himmler. La ruptura en la dirección del Estado, provocada por las adversidades de una guerra perdida, llevará también a una disgregación que recorre verticalmente la organización política nazi y los diversos motivos de adhesión al movimiento y al régimen por parte de la sociedad alemana de los años treinta.

Pero podemos y debemos ir algo más allá, entrando en una etapa que coincidirá en el tiempo con la madurez del régimen franquista y que tiene una estrecha relación con los mecanismos de continuidad social y cultural en una fase de ruptura política. Como he destacado en otro lugar, el desarrollo de un «neofascismo» con capacidad de convocatoria electoral se produce siempre en condiciones de una búsqueda de la reintegración de *todos los espacios* que constituyeron los movimientos y regímenes de este tipo antes de 1945, aun cuando la opinión generalizada sea que tales expresiones políticas sólo muestran el aspecto más radical

²² Resulta muy significativo comparar el análisis de la caída del régimen fascista y el elogio de los «moderados» publicado por Juan Ramón Masoliver en la revista *Destino*, el 31 de julio de 1943, con el título de «Ni tanto ni tan calvo» con el de HERRÁIZ, I.: en *Italia, fuera de combate*. Buenos Aires, Atlas, 1944.

y sectario de aquella experiencia. Se confunde, por ejemplo, el Movimiento Social Italiano con un área de rescate y supervivencia de los *reduci* de Saló, en torno a los principios antiburgueses de la Carta de Verona, cuando la trayectoria misina fue una constante petición de ingreso en una gran coalición de la extrema derecha, la derecha liberal y la democracia cristiana. Una actitud que necesitaba, además, presentar el rostro de una contestación antisistémica que flanqueaba la estrategia del *inserimento*. Lo mismo podría decirse de los esfuerzos aglutinadores de quienes se consideran herederos de la experiencia nacionalsocialista en diversos grupos que llegaron a alcanzar resonancia especial en la segunda mitad de los sesenta, con la formación del Partido Nacionaldemócrata²³. Y, sobre todo, debería considerarse la manera en que estas propuestas no obtienen un apoyo más amplio por el giro político producido en unas clases medias homogeneizadas por el fascismo, pero que se orientaron hacia propuestas transversales de carácter conservador, como supo definirlo con suma precisión Sandro Setta al analizar la parábola de la derecha italiana de la posguerra y su relación con el *ventennio* mussoliniano²⁴. Puede decirse, por tanto, que contamos con un elemento de comparación que se refiere a quienes no sólo se consideraban una herencia directa del fascismo, sino que veían en el régimen de Franco una referencia mítica, un polo de resistencia en una Europa dominada por los vencedores en la segunda guerra mundial. Y tales movimientos no se expresaron como *una* de las tendencias en pugna en el seno del fascismo «clásico», sino como la aspiración a reunir de nuevo todo lo que éste había sido capaz de conjugar, construyendo experiencias políticas que mantuvieron siempre las tensiones de su heterogeneidad, aunque inclinándose de un modo mucho menos tímido hacia una defensa de los valores *nacionales* de las clases medias como identidad integradora propia que les era disputada por los partidos hegemónicos de la derecha.

El proceso de desfascistización en España se realizó en el seno del propio sistema y, por tanto, careció de la escisión entre la permanencia de núcleos fascistas y la construcción de un Estado democrático. La permanencia del régimen franquista ha podido ser presentada como la lógica evolución de un sistema que *nunca* fue fascista —algo que, como hemos observado, los falangistas afirmaban de su propia doctrina de un modo generalizado ya desde las postrimerías de 1942— o como el retroceso de la capacidad fascistizadora de Falange en el seno del Movimiento Nacional y de las instituciones estatales. La consolidación del régimen obedece, según esto, a una disgregación de sus componentes, que entrarán en permanentes conflictos no sólo en lo que se refiere a la conquista de espacios de poder, sino también

²³ GALLEGO, F.: *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*. Barcelona, Plaza y Janés, 2004; ÍD.: *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha*. Barcelona, Plaza y Janés, 2005.

²⁴ *La Destra nell'Italia del dopoguerra*. Roma, Laterza, 1995, pp. 18-22. La relación de un falangista ortodoxo con este panorama puede seguirse en MORENTE, F.: «Corresponsal en Roma. Dionisio Ridruejo y la Italia de la guerra fría (1948-1951)», en MORENTE, F. y GALLEGO, F. (eds): *Rebeldes...*, pp. 371-433.

en su voluntad de definir la cultura política del franquismo a través de sus propias ideologías antagónicas. Ello implica, por tanto, la inexistencia de una *cultura política del régimen*, sustituida por el liderazgo absoluto de Franco como autoridad indiscutible, un caudillismo destinado a equilibrar los distintos proyectos, cuya coexistencia permitía dotar de cohesión al régimen y facilitar su carácter representativo.

Creo que el origen, desarrollo y crisis final del franquismo tienen un hilo conductor distinto, que se refiere necesariamente al carácter de un falangismo que evolucionó en los límites que permitía la conservación de su identidad y los intereses generales del sistema. Aquello que caracterizaba a la Falange no era, fundamentalmente, su naturaleza de «versión social» de la cultura del 18 de julio. Aun cuando ésta no dejó de reivindicarse como un elemento distintivo del nacionalsindicalismo joseantoniano, pasó a formar parte de una posición de mayor importancia en la percepción que se deseaba acreditar para el falangismo: *su voluntad de integración nacional*. La insistencia en una necesaria política social del régimen, que siempre fue la del control de las masas en un proceso de nacionalización antiliberal, era una consecuencia de aquel afán de representación totalitaria de la nación, que encajaba perfectamente en el proceso de militarización de la sociedad y de recuperación de la identidad católica de España. Los aspectos «revolucionarios» de la guerra civil no agotaban el horizonte falangista más que comprendiéndolos como instrumento para que la unidad de la patria pudiera recuperarse anulando cualquier forma de nacionalismo de raíz liberal. El falangismo no se mostraba generoso en su deseo de integrar en la España victoriosa a los vencidos, sino que expresaba la forma más abyecta de sectarismo: el expolio de todas las actitudes de regeneración nacional presentes en la crisis de la Restauración y su realización histórica necesaria en el marco del proyecto nacionalsindicalista. Por otro lado, esa voluntad integradora se orientaba con mayor entusiasmo a los sectores que podían aceptar en la unidad del 18 de julio la actualización de los ideales de la contrarrevolución. Sobrados motivos para complacer esta percepción podían hallarse en los discursos y los escritos de algunos de sus más destacados intelectuales y dirigentes políticos, que no dejaron de manifestar tales esfuerzos de síntesis, cosa que se acompañaba por la evidente colaboración de diversos sectores del falangismo y católicos de distinta trayectoria en las publicaciones de unos y de otros. Los conflictos que se produjeron en múltiples direcciones, a la hora de interpretar una *cultura política común* basada en la aceptación de una misma legitimidad de origen del régimen, no fueron apagados ni en los aspectos doctrinales que se deseaban destacar como propios *del 18 de julio en su conjunto*, ni en los referidos a la competencia por espacios de poder. Lo que sostuvo el régimen en pie no fue la identidad diversa de sus dirigentes, sino el proyecto político que les unía incluso en la discrepancia. Por otro lado, tales conflictos ideológicos y tales luchas institucionales evolucionaron a través de recambios generacionales, mientras la legitimación del régimen iba realizándose

sobre la eficacia de su propia capacidad evolutiva, sobre el mantenimiento de una amplia base de apoyo social transversal y sobre una perspectiva permanentemente actualizada del valor simbólico del 18 de julio y la guerra civil.

Esta evolución se refirió siempre a la forma en que la Falange interpretaba esa voluntad integradora —y, por tanto, exclusivista—, algo que resultó evidente cuando el falangismo pasó a ser identificado con el Movimiento Nacional, trasladando a éste sus nada gratuitos elementos simbólicos y señalando que la superación del concepto del Partido en nada traicionaba los fundamentos doctrinales del viejo falangismo republicano. Por el contrario, la concepción movimentista permitía la integración de la organización política en las instituciones del Estado, sin que debiera existir tensión alguna entre ambos factores. Si no puede hablarse de la «conquista del Estado» por el partido fascista español, cabrá considerar la importancia de esta paradoja que hace del instrumento partidista un elemento defectuoso y contingente, mientras procura preservar el espacio en el que el Estado *define su estrategia política y actualiza sus principios ideológicos*. De hecho —como se ha apuntado antes—, en la experiencia fascista del periodo de entreguerras se había planteado esa integración como un elemento que consumaba la utopía fascista. Los «revisionistas» del fascismo italiano pudieron ver en el movimiento una fuerza dinamizadora que se agotaba en el cumplimiento de la revolución y en su creación de un Estado corporativo autosuficiente, mientras en el nacionalsocialismo se desarrollaban actitudes favorables a un *Führerstaat* basado en la progresiva homogeneización de la comunidad nacional-popular, encarnada en Hitler y organizada en agencias específicas carentes de cualquier coordinación objetiva, más allá del poder discrecional del propio *Führer*. En España, la defensa del Movimiento como *organización*, dotado de un Consejo Nacional que actuaba como cámara de dirección político-ideológica del régimen, se opuso al intento de presentarlo como un mero espacio de comunidad de principios. Tal defensa de la vigencia institucional de los órganos del partido metamorfoseados en instrumentos del Estado fue apoyada de forma decisiva por Franco en los años sesenta, cuando el debate sobre la Ley Orgánica del Estado se acompañó de una discusión muy significativa sobre la Ley Orgánica del Movimiento Nacional y su Consejo²⁵.

La ambición integradora del fascismo falangista se expresó también en conflictos de carácter doctrinal con otros sectores del régimen, aun cuando el ideal de una reconciliación se encuentra en espacios no estrictamente falangistas, llegándose a poder presentar la intransigencia fascista como un elemento que la podía dificultar, como se hará cuando la caducidad del totalitarismo europeo sea presentado como prueba de su fracaso en la construcción de una nación. La reorientación se producirá desde 1942-1943, proponiendo una *superación* de las condiciones ideológicas de la guerra civil y la inmediata posguerra como resultado de

²⁵ MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *Anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 95-137.

una evolución de *todos* los sectores del régimen, empezando por los propios fascistas de Falange, cuya complicidad con ideólogos de Acción Católica o monárquicos procedentes de Acción Española se hace patente en reflexiones como las que van publicándose en aquellos momentos. La *Revista de Estudios Políticos* es un laboratorio especialmente significativo para mostrarlo, con los elogios de Corts Grau a los textos de Laín sobre Menéndez Pelayo, con las condenas del totalitarismo a causa de su contradicción con el sentido católico del Estado planteadas por García Valdecasas o Fernández Cuesta, o con la voluntad de separar la guerra civil de cualquier contexto europeo expresando, al mismo tiempo, la unidad esencial de todos los integrantes de la sublevación, como lo hará José María de Areilza²⁶. La síntesis del 18 de julio, realizada de la mano del pensamiento de José Antonio, será defendida por un Gómez de la Serna que había elogiado la resistencia de los combatientes de Saló en una de sus novelas²⁷, actitud que se completará con un análisis del caudillaje unificador de Franco por parte de este ensayista que tan bien refleja la evolución del falangismo al atravesar los años cuarenta²⁸. La tan destacada actitud de Laín Entralgo en torno al problema de España y la polémica a que dio lugar con un grupo de presión muy concreto dentro del régimen —y cuyo manifiesto fundacional es una de las pocas propuestas culturales articuladas que se dan en aquel momento al margen de Falange, aunque siempre tratando de integrar el falangismo en una corriente contrarrevolucionaria de mayor envergadura—²⁹ se acompañó, al final de la década, de aspectos que tienen importancia en esos mismos puntos de encuentro culturales que no han dejado de estar presentes desde la misma guerra civil. Por poner un solo ejemplo, la participación de Laín Entralgo y Tovar en la *Finisterre*, una revista dirigida por un católico tan caracterizado como Leopoldo Eulogio Palacios, en la que Laín escribió nada menos que sobre la relación entre medicina y teología³⁰.

La identidad falangista tuvo otros aspectos de evolución que deben destacarse para comprender algo que va más allá de una legitimidad de origen, para permitirnos entender determinadas actitudes del reformismo en el franquismo tardío. Si es bien sabido que en los ambientes falangistas pudieron formarse nuevas generaciones de españoles que trasladaron su fervor crítico joseantoniano a una ruptura con el franquismo, no lo es menos que la cultura falangista creó otra

²⁶ La mejor reflexión sobre este paso en el seno del IEP corresponde a SESMA, N.: *Antología de la Revista de Estudios Políticos*. Madrid, CEPC, 2010, pp. 59-85.

²⁷ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: *Después del desenlace*. Madrid, Revista de Occidente, 1945.

²⁸ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: «El discurso de Franco», *Revista de Estudios Políticos* (1945), pp. 213-230; ÍD.: «Síntesis y sectarismo en el 18 de julio», *Ibid.* (1949), pp. 171-180.

²⁹ CALVO SERER, R.: «Una nueva generación española», *Arbor* (1947), pp. 333-348.

³⁰ LAÍN ENTRALGO, P.: «Medicus Pius' o el problema de las relaciones entre la Religión y la Medicina a comienzos del siglo XIX», *Finisterre* (1948), pp. 291-313.

dinámica menos destacada, o considerada una especie de exabrupto ideológico sin relevancia. Para los cuadros que comenzaron sus carreras políticas en el franquismo de finales de los años cincuenta y de los sesenta, el falangismo pudo ser asumido como una representación legítima del pueblo español, que deseaba superar aquellas condiciones de conflicto que habían llevado a la guerra civil, siendo sus manifiestos responsables el liberalismo —entendido como la propuesta política experimentada a lo largo de la Restauración— y el comunismo. Estos cuadros, procedentes del SEU en buena parte, con formación universitaria y vinculación paralela a organizaciones católicas, percibieron el falangismo como un movimiento de integración nacional, una vía de modernización que cancelaba las culturas políticas que habían llevado a España al desastre de la República y la guerra civil. Su actitud no era —o no lo era exclusivamente— un cínico aprovechamiento de las condiciones de una promoción con competencia tan restringida, sino una sincera concepción del Estado como un ámbito capaz de representar la unidad de los españoles, afirmada doctrinalmente en los principios joseantonianos y ejecutada con brillantez por la capacidad de adaptación demostrada por el Caudillo, gerente de una progresiva constitucionalización del régimen, cuya culminación habría de ser la apertura de cauces de participación del pueblo en un esquema representativo auténtico, que dejara de lado cualquier veleidad neocanovista. Para ellos, la «liberalización» del régimen, en caso de comprenderse como un regreso a un sistema liberal-conservador, sólo podía ser entendida como una renuncia a un patrimonio unitario que debía prevalecer a causa de la severa advertencia de la guerra civil, y por arriesgar a que el esfuerzo de movilización e integración nacional fuera desbaratado a favor de una renovada fragmentación política y social. Tales actitudes de ortodoxia habrían de mantenerse en el seno del llamado «reformismo azul», sin el que resulta incomprensible, según creo, la capacidad del Movimiento Nacional de proporcionar una estrategia de cambio político en España, cuando la crisis del franquismo se expresó no tanto en el agotamiento de las diversas tendencias por separado como en la extenuación de todas ellas, que siempre se habían necesitado mutuamente para configurar la unidad que permitió la supervivencia del régimen. Un agotamiento que habría de llegar, además, por algo que no se producía en el interior del régimen, y que era la masiva presencia de unos actores políticos cuya razón de ser era la oposición a la totalidad del franquismo. Sin querer plantear aquí que la transición a la democracia se produjo como resultado del potencial existente en el falangismo más reciente, creo que debe considerarse, precisamente para abortar la confianza en *otros aperturismos*, la importancia que esta percepción del Movimiento como representación leal de todos los españoles tuvo en cuadros del régimen, llegando

a estar presente de forma decisiva en el complejo mundo de la administración del Estado en la fase terminal del franquismo³¹.

Esta percepción del Movimiento Nacional y del falangismo en su seno como garantía de la representación popular, de la unidad de la nación, de la permanente integración social y política de los españoles, se expresó de formas diversas en la etapa de crisis del régimen. Esto fue así porque precisamente en aquellos momentos en que se preveían las circunstancias de una inquietante sucesión, y porque se observaba la posibilidad y urgencia de tomar decisiones políticas de futuro, el lugar preferente correspondía a los instrumentos del Movimiento, empezando por su secretaría general y su Consejo Nacional. La identidad del 18 de julio como equivalente a la identidad falangista fue entendiéndose de modo distinto en una evolución que implicó el desguace progresivo del Movimiento y sus desplazamientos en direcciones opuestas, que llegaron a la exasperación cuando, tras la muerte de Franco, el factor político decisivo fue la aceptación de una negociación con la oposición democrática, un elemento ausente en cualquier crisis anterior del régimen.

LA OFENSIVA DEL MOVIMIENTO EN LA CRISIS FINAL DEL RÉGIMEN

No hizo falta que se produjera la desaparición física del dictador para que el debate sobre la institucionalización del proceso sucesorio se presentara en un contexto cubierto de dramatismo, por el asesinato de Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973. La muerte del presidente del gobierno se produjo cuando el falangismo podía sentir su posición política más deteriorada, tras la crisis de octubre de 1969 y la llegada al poder de los gobiernos más controlados por la fuerte personalidad del almirante, apoyado en quienes contemplaban el futuro del sistema, más allá de la muerte de Franco, como una combinación entre la democracia orgánica y el poder de la tecnocracia. Las aptitudes de ésta habían empezado a ser denunciadas desde diversos sectores, para quienes la combinación de la crisis, el aire de despolitización y pérdida de tuétano ideológico, los indicios de una crisis económica profunda y el impulso de las movilizaciones sociales llevaban a criticar la debilidad del carrerismo o bien la frustración de las tímidas expectativas aperturistas de finales de la década de los sesenta. El debate

³¹ A este respecto, es importante destacar la ofensiva realizada en la Colección Horizonte, en la década de los sesenta, para presentar una visión de desarrollo político integrador y original del régimen. Miguel Ángel Ruiz Carnicer ha planteado una más que interesante reflexión en esta línea, tan poco frecuentada y, que como él mismo señala acertadamente, es indispensable para comprender el paso del falangismo a posiciones distintas a un mero conservadurismo con aires «liberales» y, menos aún, al espacio de extrema derecha aliancista de 1976. (RUIZ CARNICER, M.Á.: «La *vieja savia* del Régimen. Cultura y práctica de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los años cincuenta*. Eneida. 2008, pp. 277-304.)

sobre la tecnocracia pudo referirse a la primacía de la administración sobre la política, pero en el marco de un enroque autoritario que, desde 1970, llegaba a incluir el desarrollismo enfrentado a la crisis con la clausura de las propuestas reformistas que se habían ido apuntando en los debates del Consejo Nacional en los años sesenta, como lo demuestran los escritos de Fraga contra el pretendido «crepúsculo de las ideologías» que sostenían tecnócratas como Fernández de la Mora³². En ellos, el inmovilismo más duro pudo refugiarse —lo cual indica la transversalidad de actitudes que caracterizó al régimen en toda su trayectoria— tanto en las posiciones doctrinarias de quienes hablaban en nombre de la ortodoxia falangista, como entre quienes decían querer superarla a través de una defensa ultramontana de las Leyes Fundamentales. Otros sectores podían enarbolar la reivindicación del potencial no desarrollado del proyecto político del régimen, en el campo de la representación política y el perfeccionamiento institucional, mientras que algunas corrientes, que habrían de estar en las posiciones más abiertas y lúcidas del «reformismo azul», plantearon la necesidad de llevar adelante un proceso de apertura política basado en las posibilidades de la Ley Orgánica del Estado. De hecho, ni siquiera esta clasificación permite el adecuado encaje de sectores muy diversos, que fueron evolucionando de forma llamativa a medida que las condiciones políticas nacionales fueron modificándose³³.

El nombramiento del nuevo presidente del gobierno, Carlos Arias Navarro, parecía apartar a quien, en su calidad de secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández-Miranda, ostentaba la representación de la ortodoxia del régimen y, en especial, una vinculación más clara con la tradición falangista. Sin embargo, poca confianza podía inspirar en estos sectores quien había sido denunciado por la prensa más dura por haber jurado su cargo sin vestir la camisa azul —hasta ese punto llegaba la potencia acreditadora de los elementos simbólicos del régimen— y que había sido fiel portador de los estandartes de un endurecimiento de la vida política al servicio del proyecto carrerista. En este aspecto, el claro «inmovilismo» de Fernández Miranda podía contrastar con la «movilización» solicitada por otros al servicio de la permanencia de las instituciones, en dos caras de una defensa del régimen del 18 de julio que habían entrado en clara confrontación en 1969. La reducción del conflicto político de esta fase de la historia de España a las querellas entre «aperturistas» e «inmovilistas» guarda no sólo una insuficiencia, sino una falsificación que tendrá consecuencias políticas en el futuro. Pues tal juego binario ignora que el conflicto fundamental, el que conduce precisamente a esa confrontación en el seno del régimen, se pro-

³² FRAGA, M.: *El desarrollo político*. Barcelona, Bruguera, 1975 (1ª ed. 1971); ÍD.: *Legitimidad y representación*. Barcelona, Grijalbo, 1973.

³³ Sobre la conciencia de la disfuncionalidad del régimen ante una sociedad evolucionada, véase YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

duce entre el sistema franquista y la oposición democrática, siendo este factor el que convierte el debate en algo cada vez más áspero e irresoluble en el seno de las instituciones del régimen, del mismo modo que conflictos previos de singular dureza habían podido resolverse por la ausencia de esa función relevante de la oposición³⁴.

Si Arias Navarro fue recibido por la prensa falangista como un «franquista puro» que no representaba a ninguna de las corrientes del régimen, especialmente por su pragmatismo³⁵, tales publicaciones también se apresuraron a saludar a José Utrera Molina, nuevo secretario general del Movimiento, como quien mejor representaba la superación de un gabinete técnico y el retorno de la política cuando se presentaban horas trascendentales³⁶. Todos los comentaristas de este sector se felicitaron por la apertura de una etapa cuyo horizonte fundamental era el reforzamiento de las instituciones solicitado por Franco en su discurso navideño de 1973³⁷. Y la llegada de un falangista ferviente a la secretaría general resultaba un rasgo destacable de cuál era la voluntad del Caudillo en el diseño del futuro y de cuáles eran las oportunidades que se abrían para una ofensiva reformista del Movimiento³⁸. Las esperanzas de esta reactivación se consolidaron tras escuchar el discurso de Utrera en su toma de posesión, que se editó con el pomposo título de *Derecho a la esperanza*³⁹. Tan pomposo como el discurso de Utrera, que recalcó en aquella ocasión las habituales referencias a la legitimidad de origen del régimen, basada en un 18 de julio «unitario, pero no uniforme». A lo que se añadía la voluntad de un perfeccionamiento institucional que hallaba en el propio proceso constituyente del régimen, iniciado en la guerra civil, su lógica indestructible. Sin embargo, Utrera había de manifestar algo que, en las condiciones de comienzos de 1974, se presentaría como el indicio de los problemas que llegaría a crear al presidente Arias, siendo el eje de la particular propuesta de movilización expresada desde la dirección del partido. Por un lado, el Movimiento no podía considerarse «una simple declaración de nobles y exactos principios». Debía tener —y, de hecho, recuperar— su carácter de «vanguardia de unos efectivos humanos resueltos, entusiastas y sacrificados»⁴⁰. Además, su misión era la de devolver al pueblo su intervención en la política activa, a través de una intensa

³⁴ GALLEGO, F.: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008, pp. 19-47.

³⁵ SUEVOS, J.: «Un Jefe», *Arriba*, 13 de enero de 1974.

³⁶ «Continuidad básica», *Arriba*, 4 de enero de 1974; VAN-HALEN, J.: «El gobierno del presidente Arias», *El Alcázar*, 4 de enero de 1974.

³⁷ «La sólida continuidad» y «Protagonista, el pueblo» *El Alcázar* 4 y 7 de enero de 1974; ÓNEGA, F.: «Reforzar las estructuras políticas», *Arriba*, 3 de enero de 1974.

³⁸ VASALLO, J.: «Un permanente cuatro de marzo»; ÓNEGA, F.: «Política en Movimiento», *Arriba*, 9 de enero de 1974.

³⁹ UTRERA MOLINA, J.: *Derecho a la esperanza*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 16.

movilización canalizada a través de los servicios y las jerarquías del partido. «Tenemos que caldear de nuevo la ilusión de nuestro pueblo. Sin emoción, sin vivo contenido popular, el Movimiento no es nada⁴¹.»

Utrera Molina planteaba un desafío cuya envergadura no pudo más que atisbarse en aquel momento como la habitual retórica de los actos de toma de posesión, en la que el «estilo Solís» llegó a poner en boca del nuevo ministro confesiones tan sorprendentes como su creencia en los trigos y en las auroras, lo que debió provocar el sarcasmo implacable de un Torcuato Fernández Miranda que era desplazado por aquel verbo digno de un coplista de campamento de la OJE. La pulsión lírica joseantoniana no resultaba gratuita, al excavar en unas formas que buscaban la recuperación de una apariencia enérgica, soñadora, revolucionaria, juvenil y populista. Así quiso comprenderlo de inmediato la prensa más cercana. Para Fernando Ónega, lo que se requería era «la savia vieja y nueva, pero siempre virgen, que los haga auténticos»⁴². Al Movimiento le correspondía «estimular y albergar»⁴³, apretando «el paso de acuerdo con el momento actual, sin abdicar de lo que fuimos», lo que obligaba a «la fuerza, el apogeo de la base» y a asumir adecuadamente la consigna de «caldear la ilusión del pueblo»⁴⁴. Algo que sólo podía hacerse reconociendo el liderazgo político del Consejo Nacional, y con una exigente conciencia de la participación popular⁴⁵.

Poco podía objetarse a esta posición de principio desde el entorno más próximo al presidente del gobierno. De hecho, el propio Arias Navarro había de actuar de acuerdo con una estrategia común de la elite del franquismo en aquel momento: dar la impresión de que el impulso al cambio político era idéntico a la consolidación institucional del régimen. Su discurso del 12 de febrero establecía esas mismas bases de evolución controlada, leal a los principios fundacionales, promotora de una sucesión sin rupturas, alentadora de la participación en los cauces de reconocido pluralismo del sistema, dejando que el «contraste de pareceres» diera paso a un sistema asociativo de perfil aún difuminado, pero tajantemente definido por incluir en exclusiva a quienes aceptaran el carácter irrevocable de los principios del régimen. El cambio había de ser escenificado por el propio gobierno como autoridad capaz de velar por las aspiraciones del pueblo y por la mejor forma de preservar un sistema que había logrado la paz, el desarrollo y la

⁴¹ *Ibid.*, p. 18.

⁴² ÓNEGA, F.: «Derecho a la esperanza», *Arriba*, 17 de enero de 1974.

⁴³ ÓNEGA, F.: «El lugar del Movimiento», *Arriba*, 18 de enero de 1974.

⁴⁴ ÓNEGA, F.: «Movimiento amplio e integrador», *Arriba*, 19 de enero de 1974.

⁴⁵ ÓNEGA, F.: «La razón de ser», *Arriba*, 22 de enero de 1974; «La hora del pueblo», *Ibid.*, 23 de enero de 1974; ÓNEGA, F.: «Los 'papeles' de la participación», *Ibid.*, 27 de enero de 1974; «Serenidad como método», *Ibid.*, 29 de enero de 1974; «No al inmovilismo», *Ibid.*, 2 de febrero de 1974. Una de las muchas posiciones reticentes a esa defensa del Movimiento como partido, en *La Vanguardia Española*, «Apertura y participación», 20 de enero de 1974.

permanente lealtad a un liderazgo personal, que debía ser capaz de ser sustituido por una legitimidad puramente institucional⁴⁶. Nada había contrario a una ortodoxia formal que, sin embargo, la prensa del régimen había de leer de forma distinta, subrayando los factores de continuidad o los de apertura que se formulaban en el mismo discurso⁴⁷. No podía hablarse, por tanto, de un conflicto entre proyectos que justificara la destitución de Utrera en la primavera de 1975.

Las discrepancias que surgieron de forma cada vez más clara se debieron a un factor fundamental en cualquier escenario de cambio político: no sólo *el ritmo y el sentido* de la reforma, sino también —y sobre todo— *quién* había de diseñarla. Tanto Arias como Utrera remarcaban el control inflexible del cambio que consolidara las instituciones del régimen en el proceso de sucesión. Lo que pasó a ser prioritario fue asegurar ese proceso a través de una dirección exclusiva del presidente del gobierno o bien de una entrega de su orientación básica al secretario general y al Consejo Nacional del Movimiento. El conflicto se produjo ante la fundada impresión de Arias —sometido a presiones muy fuertes de sectores destacados del inmovilismo y, a la vez, de quienes demandaban más audacia en el cambio político— de que Utrera Molina contemplaba su propio discurso como una *alternativa* a la mezcla de timidez de convocatoria popular y posibles excesos aperturistas que podían expresarse en la estrategia de Arias. Era por tanto la *exclusividad* del Movimiento entendido en su versión más partidista lo que condujo al enfrentamiento, en especial cuando a esta cuestión de liderazgo se sumó una percepción del cambio a realizar, que adquiriría una versión populista, de movilización de las estructuras *ya* existentes, frente a la imagen de carácter autoritario y sustitutivo de ese rearme y reactivación que se ofrecía desde la instancia presidencial. Un conflicto que reiteraba el que se había dado en la trayectoria del franquismo, que se había producido en las experiencias fascista y nacionalsocialista en condiciones históricas muy diferentes, y el que seguía produciéndose en los espacios herederos del fascismo en la Europa de los años setenta.

La ofensiva desplegada por Utrera Molina a lo largo de la primavera, el verano y el otoño de 1974 mereció tal apreciación del presidente del gobierno, cuya autoridad y autoría se veían constantemente quebrantadas por las intervenciones

⁴⁶ *Discurso del Presidente del Gobierno Carlos Arias a las Cortes Españolas, 12-II-1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974. «La más exacta y cabal manifestación de lealtad consiste en saber actualizar la vigencia de unos Principios Fundamentales permanentes (...), savia vivificadora de una realidad dinámica y no letra muerta; punto de partida y firme cabeza de puente para abordar los horizontes más ambiciosos y no ancla en el pasado. (...) El consenso nacional en torno a Franco se expresa en forma de adhesión. El consenso nacional en torno al Régimen en el futuro habrá de expresarse en forma de participación. (...)» (pp. 17 y 26).

⁴⁷ «Nueva etapa y convocatoria», *Arriba*, 13 de febrero de 1974; «El marco político», *Ibid.*, 14 de febrero de 1974 subrayan la legitimidad originaria y la función crucial del Movimiento; *Fuerza Nueva* manifestó, en «Un discurso» (23 de febrero de 1974) su hostilidad de principio a las palabras de Arias. *ABC* habló de «Lealtad al futuro» (14 de febrero de 1974) y de «Integración de la juventud» (26 de febrero de 1974).

públicas de un secretario general que parecía recoger temores, insatisfacciones y esperanzas de un posible cambio que llevara aparejada la entrega al falangismo —al falangismo de 1974— de la representación más viva y eficaz del régimen. La actividad infatigable de Utrera respondía a un proceso abierto de *recuperación* de espacios y de revitalización de estructuras inertes. Y se realizaba, además, en las condiciones de una ofensiva realizada desde otros puntos, que salían en defensa de la inmovilidad del régimen con argumentos diversos, pero que manifestaban el temor despertado en la elite más radical del franquismo por la coincidencia de la apertura política en España con circunstancias nacionales e internacionales de alto riesgo. Durante todo el año, no dejaron de lanzarse severas advertencias y amenazas desde estos sectores que sólo podemos mencionar aquí de pasada: el «manifiesto» de José Antonio Girón publicado en el diario *Arriba* a fines de abril; la «clarificación» del discurso del 12 de febrero ante los cuadros del Movimiento en Barcelona por parte de Arias en el mes de junio; la sonora ruptura de la revista *Fuerza Nueva* con el presidente —y, de hecho, con el gobierno entero— a mediados de septiembre; la crisis de gobierno provocada por la destitución de uno de los «rostros» de la apertura, Pío Cabanillas, el 28 de octubre, que se sumaba a la previa destitución del Teniente General Díez Alegría; y la organización de la Confederación de Combatientes en noviembre, con una actitud de estado de emergencia nacional dirigido no sólo contra la subversión, sino contra la pasividad del gobierno.

El ambiente de inseguridad y la necesidad de tomar decisiones que aseguraran el futuro político del régimen espolearon la actividad febril de Utrera, flanqueada por la dureza de las exposiciones realizadas por distintos oradores en actos conmemorativos que formaban parte de los rituales de identificación del Estado: fundamentalmente, los discursos en los aniversarios de la fusión de Falange y las JONS, el 4 de marzo, o del acto del Teatro de la Comedia, el 29 de octubre. Utrera podía moverse como un leal ministro de un gobierno que deseaba realizar una obra de regeneración que cumpliera las expectativas de participación popular deseadas por el falangismo fundacional, en el marco de una reactivación y movilización que había sido descartada en los años anteriores. Mientras procuraba distanciar su discurso del que podía promoverse entre los seguidores de Blas Piñar, su situación sólo podía caracterizarse por la cuidadosa ambigüedad con la que trataba de estar en los dos lugares al mismo tiempo, precisamente en una voluntad de integración de todos los sectores del régimen a través del Movimiento, ofreciendo a unos la seguridad de la apertura en la participación política del pueblo y a otros la lealtad al 18 de julio, que nadie podía preservar de modo más firme que la tradición falangista.

Esta ambivalencia se apoyaba en algunos factores distintivos sobre los que se construyó la identidad del reformismo de Utrera Molina, ya fuera en la ocupación de áreas de poder institucional incontestable, ya fuera en la congruencia entre su discurs-

so y las condiciones de un cambio *en la continuidad* y en la reivindicación permanente del 18 de julio. El legitimismo originado en la guerra civil, el discurso generacional orientado a la movilización de una juventud groseramente adulada en su espíritu «rebelde», el justicialismo, el catolicismo integral, la defensa de la democracia orgánica frente al liberalismo y, siempre, la presentación de un reformismo original, del único reformismo posible que no llevara a viejas catástrofes al pueblo español, eran piezas de un universo doctrinal fácilmente convertible en consignas ambiguas, polisémicas, adaptables a percepciones tanto de los defensores de la integridad del sistema como de quienes eran conscientes de la necesidad de una reforma sin riesgos que respondiera, al mismo tiempo, a la posibilidad de reactivación del Movimiento. A este universo se sumaban las condiciones institucionales desde las que se hacían las propuestas, una posición *simbólica y legal* que otorgaba indudables ventajas a la estrategia de Utrera. La autoridad de la jefatura del Movimiento no se refería sólo a Utrera, sino a Franco y al Consejo Nacional. Por otro lado, la posesión de un aparato administrativo ingente, construido para el control político de la población española y utilizable para una posible resistencia movilizada, ofrecía perspectivas alentadoras al proyecto de Utrera. Naturalmente, la perspectiva de la que disponemos puede indicar hasta qué punto tales previsiones iban erradas, pero lo que nos interesa es que *en aquel momento* se contemplaban como posibles, congruentes con la coyuntura política, alejadas de cualquier anacronismo, en una inercia de representación totalitaria de los españoles que se había experimentado durante los suficientes años como para consolidar una impresión de impunidad y de marginación definitiva de quienes se oponían al régimen.

Las intervenciones de Utrera en la primavera, verano y otoño de 1974 fueron avanzando implacablemente en esta dirección. En el mes de marzo, Utrera realizaba un viaje a Cataluña, cumpliendo con su compromiso de rescatar «en provincias» la materia menos burocratizada del Movimiento, viaje al que seguirían otros a diversos puntos del país, y que subrayarían esa ambición de recuperar el contacto con las organizaciones locales, revitalizadas por la presencia directa del ministro o por las reuniones en Madrid de los jefes locales y provinciales⁴⁸. A comienzos de abril, Jesús Fueyo sustituyó a Luis Legaz Lacambra en la dirección del Instituto de Estudios Políticos, ocasión que sirvió para que el nuevo presidente del principal laboratorio doctrinal del régimen indicara la necesidad de un giro que situara las actividades del IEP bajo la dirección clara del Consejo Nacional y al servicio del

⁴⁸ «Hacia una gran política», *Arriba*, 14 de marzo de 1974; «Sin alardes», *Id.*, 15 de marzo de 1974; IZQUIERDO, A.: «Ni ruido ni nueces», *Id.* 24 de marzo de 1974; «Desde la solidez y la vigencia»; *Id.*, 28 de marzo de 1974; «El Movimiento, factor integrador de las energías nacionales», *Id.*, 31 de marzo de 1974; «Ante una nueva etapa», *Id.*, 6 de abril de 1974; «Rearme doctrinal», *Id.*, 9 de abril de 1974; «Movimiento y provincias», *Id.*, 10 de abril de 1974; «Misión de los Consejos Locales», *Id.*, 11 de abril de 1974; «Pueblo y sistema político», *Arriba*, 12 de abril de 1974; «Inyectar dinamismo y eficacia al desarrollo político», *Id.*, 17 de abril de 1974; «La Constitución y la sociedad», *Id.*, 19 de abril de 1974.

control de la reforma política⁴⁹. A fines del mismo mes, Utrera acudía al homenaje de los falangistas caídos en la sierra de Alcubierre: el lugar era propicio para señalar el vínculo *directo y permanente* que se establecía entre el falangismo y la guerra civil. El recuerdo constante de las víctimas de aquel «holocausto» (sic) había de realizarse con el coraje de la actualización de las ideas que defendieron hasta la muerte. Ello suponía evitar que el Movimiento quedara convertido en un magma administrativo sin principios, o en un factor ornamental del Estado, renunciando a la necesidad que el régimen y el pueblo tenían de una verdadera vanguardia integradora, capaz de construir una comunión de ideales y una elite política al mismo tiempo⁵⁰. El XXVII Consejo Nacional de la Sección Femenina, en junio, volvió a dar ocasión al ministro secretario general para defender las tareas exigidas por «la audacia de la continuidad, la urgencia de nuestra modernización y perfeccionamiento y, sobre todo, la necesidad de avanzar sin titubeos, sin pausas y sin claudicaciones, por el camino de la libertad, la unidad y la justicia»⁵¹. En aquellos mismos momentos, aun cuando no surgiera directamente de la secretaría general, se iniciaría una campaña en el diario *El Alcázar* perfectamente complementaria, al convertirse en portavoz de la legitimidad del 18 de julio en su aspecto más demagógico: oponer la reforma política a las condiciones materiales logradas por el régimen gracias a una política social que había dejado el parlamentarismo en manos de una casta de señoritos⁵². Una posición que flanqueaba las declaraciones de Utrera apoyando con entusiasmo las declaraciones del ministro a favor de una reactivación de los instrumentos políticos del régimen basados, entre otras cosas, en la posibilidad de movilizar al «auténtico» pueblo frente a los acomodados defensores de la «partitocracia.»

⁴⁹ *Una ocasión fundacional. Discursos de José Utrera Molina, Jesús F. Fueyo Alvarez y Luis Legaz Lacambra en la toma de posesión del nuevo presidente del Instituto de Estudios Políticos*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, pp. 14-15 : «José Utrera Molina (...) acomete la resuelta dinámica del Movimiento con vistas al perfeccionamiento funcional de las Instituciones, a la justicia de nuestras soluciones políticas y a la convocatoria al pueblo eterno y joven de España. (...) Es por esto (...) que la directriz mental y casi estratégica de la reorganización es dar, en primer lugar, con un método de trabajo en la cumbre del Instituto que asegure al Consejo Nacional, pieza clave en el edificio constitucional del Régimen, la asistencia más metódica y funcional en la elaboración de sus decisiones».

⁵⁰ UTRERA MOLINA, J.: *El Movimiento, vanguardia integradora*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974.

⁵¹ UTRERA MOLINA, J.: *El compromiso renovador del Movimiento*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, p. 15.

⁵² «Economía para el hombre», *El Alcázar*, 2 de abril de 1974; «Odres nuevos», *Id.*, 15 de abril de 1974; «IV Plan de Desarrollo», *Id.*, 20 de abril de 1974; «Fariseos de la libertad», *Id.*, 30 de abril de 1974; «Los elegidos», *Id.*, 25 de mayo de 1974; «La otra participación», *Id.*, 8 de junio de 1974; «El verdadero problema», *Id.*, 27 de junio de 1974; «Empezando por la empresa», *Id.*, 28 de junio de 1974; «Reforma social», *Id.*, 29 de junio de 1974; «Desarrollo político, desarrollo social», *Id.*, 5 de julio de 1974; «Revolucionarios de Ateneo», *Id.*, 1 de agosto de 1974; «Objetivo político», *Id.*, 16 de septiembre de 1974; «Unidad para el desarrollo», *Id.*, 17 de septiembre de 1974; «Apertura, pero de verdad», *Id.*, 4 de octubre de 1974; «Falsa imagen», *Id.*, 11 de octubre de 1974; «A espaldas del pueblo», *Id.*, 18 de noviembre de 1974; «El objetivo de los trabajadores», *Id.*, 11 de diciembre de 1974.

El punto nuclear del conflicto, y que llevaría a la ruptura definitiva entre Arias y Utrera, provocando su posterior destitución, fue el esfuerzo y el éxito obtenido por el ministro al obtener el control de las asociaciones políticas. Aprovechando lo que la misma legislación del régimen permitía, Utrera recalcó la función que correspondía al Consejo Nacional del Movimiento en lo referente a la participación política y el encauzamiento del pluralismo. El 22 de julio, Utrera se dirigió al Consejo Nacional donde debía elaborarse un texto-base del derecho de asociación. El ministro secretario general indicó que el proyecto de Arias expuesto el 12 de febrero debía encontrar en el Movimiento «su protagonista y su más leal intérprete»⁵³. La apertura política sólo podía entenderse como culminación del 18 de julio, correspondiendo al Movimiento su institucionalización. El Movimiento, en exclusiva, «acoge e integra la dimensión puramente política del hombre en nuestro Sistema», por lo que sólo en él «el desarrollo político ha de tener origen y legitimación»⁵⁴. Mientras Arias trató de que el control de las asociaciones políticas dependiera del gobierno y de su presidente, Utrera Molina logró convencer a Franco de los riesgos que se asumían en caso de que la orientación del desarrollo político quedara en manos distintas a las del Consejo Nacional. En septiembre, Arias Navarro pudo mostrar su irritación con Utrera, modificando la posición tomada en el mes de junio en Barcelona y recalando la voluntad reformista de su gobierno, ante los obstáculos puestos por sectores inmovilistas⁵⁵. La respuesta inmediata fue la declaración de guerra de *Fuerza Nueva* que, tras romper con el gobierno, llamaba en noviembre a la constitución de un frente en defensa del 18 de julio⁵⁶. En el mismo momento, se incrementaba la radicalización de los sectores próximos a Girón, inicialmente próximo a Arias y a Utrera. Nombrado presidente de la Confederación integrada por antiguas asociaciones de excombatientes, en el congreso celebrado entre el 18 y el 20 de noviembre, Girón llamó a la actualización del combate realizado en la guerra civil, superando los rituales simbólicos para establecer la equivalencia política entre las necesidades patrióticas de 1936 y de 1974⁵⁷.

Mientras se producía esa captura de los espacios públicos de la extrema derecha del régimen, futuros integrantes de la «Alianza Nacional del 18 de julio», Utrera Molina seguía planteando desde el gobierno su propia estrategia reformista, destinada a reforzar el Movimiento Nacional aprovechando los objetivos de

⁵³ UTRERA MOLINA, J.: *Desarrollo político. Consejo Nacional del Movimiento, 22 de julio de 1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, p. 17. El único voto en contra del documento-base fue el de Blas Piñar («No», *Fuerza Nueva*, 3 de agosto de 1974).

⁵⁴ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁵ «Unas declaraciones consecuentes», *ABC*, 12 de septiembre de 1974. «Un programa político de alcance», *La Vanguardia Española*, 11 de septiembre de 1974.

⁵⁶ *Fuerza Nueva*, 23 de noviembre de 1974.

⁵⁷ *El Alcázar*, 18 de noviembre de 1974; «En orden de paz», *Ibid.*, 19 de noviembre de 1974; «Las eternas banderas», *Ibid.*, 27 de noviembre de 1974.

participación política que habían identificado la trayectoria del sistema a lo largo de aquel año. La condena de Arias a los obstáculos que encontraba a sus propuestas fue respondida por el ministro con concentraciones de jóvenes como las realizadas el 1 de septiembre —poco antes de las declaraciones de Arias, pero ya en una línea abierta de enfrentamiento— o, sobre todo, la que se realizó ante Franco el 10 de diciembre. Si, en la primera ocasión, el diario *Arriba* manifestaba que «Podemos afrontar el futuro sin incertidumbres», dedicando la portada a la concentración, en la segunda podía destacar la imagen del Caudillo, titulado: «Franco: mi confianza está en vosotros». Ese ejercicio de un poder paralelo y visible, que tendía puentes directos al Jefe del Estado y se presentaba como alternativa fiable frente al aperturismo de Arias, dotándolo de la aparente energía de una base movilizada y joven, acabó por señalar su capacidad de fuego con la aprobación del Estatuto de Asociaciones por el Consejo Nacional el 16 de diciembre, convirtiéndose en decreto-ley cinco días más tarde. En su discurso ante el Consejo Nacional, Utrera Molina quiso destacar que este organismo había hecho lo que le correspondía, entregando al gobierno un texto para su tramitación administrativa, lo que daba una perfecta imagen no sólo de las limitaciones que iba a tener el documento, sino de cuáles eran las relaciones de poder entre ambas instancias y, de hecho, en qué había de consistir la dinámica del régimen desde ese momento en que se había recuperado el «verdadero» espíritu de la Ley Orgánica del Estado⁵⁸.

EPÍLOGO. EL AGOTAMIENTO DE UN RÉGIMEN

La actitud consternada con la que Arias Navarro comunicó el contenido del decreto al país, así como su impresión de haber sido ampliamente desafiado por un plan que presentaba la reforma estrictamente desde las posiciones del falangismo movimentista, habían condenado ya a Utrera a un pulso final que sólo podía acabar con su destitución o con la del presidente del gobierno. La crisis del mes de marzo, que llegó tras el fracaso del intento de integrar a Fraga, Silva o Areilza en la estrategia asociacionista, se realizó por la única vía que le quedaba al presidente: arrebatar la dirección del Movimiento Nacional y su simbólica defensa a quienes, como Utrera, habían logrado mantener esa bandera desde la muerte de Carrero Blanco. La propuesta que plantearía el breve mandato de Herrero Tejedor, concluido abruptamente con su muerte en el mes de junio de 1975, reposaba en un giro del conjunto del régimen hacia la derecha, y en la oferta al país de un marco asociativo que reiteraba la existencia del Movimiento a través

⁵⁸ *Asociaciones políticas. Discurso del vicepresidente del Consejo Nacional del Movimiento José Utrera Molina, 16 de diciembre de 1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975.

de una pluralidad asociativa ficticia, hegemonizada por la Unión del Pueblo Español. La ofensiva desencadenada por Utrera no había sido una estrategia en el vacío, una insensata cabalgata hacia el pasado o el inútil intento de alcanzar, como planificaron las tropas aliadas en uno de los episodios más desdichados de las últimas fases de la guerra, en el frente, holandés, *un puente demasiado lejano*: el lugar en el que podía transitarse desde la orilla de las condiciones políticas de los años setenta a la coyuntura de 1936, enarbolando la bandera legitimadora del 18 de julio, hasta la de la situación de dominio político que se ejercía en 1974. No era una ilusión emanada de la atmósfera viciada de los laboratorios del régimen, sino una percepción social cuyo incumplimiento conocemos *a posteriori* y cuyos deficientes análisis podemos contemplar hoy con mejor resolución. Se disponía de los recursos del Estado y del apoyo de una población formada en una cultura autoritaria, dispuesta a transitar por las vías de la evolución que se marcaran desde el gobierno. Pero, en los dos últimos años de la vida de Franco, ya no podía realizarse una tarea de este tipo sin contar con quienes se hallaban fuera del régimen, a medida que la capacidad de integración en los cauces del sistema quedaba deteriorada por la modernización social y cultural, además de por la movilización y progresiva coordinación de una oposición masificada en puntos neurálgicos del país. La oposición disponía de factores de influencia que provocaban efectos opuestos: la radicalización de los sectores más ortodoxos del régimen y la aceptación por otros —incluyendo poderosos medios de comunicación— de la necesidad de que la instauración de la monarquía se hiciera dotándose de una nueva legitimidad. Sin ese factor que perturbaba la acción libre del régimen, la apuesta realizada por el Movimiento habría podido tener otro destino y, de hecho, la percepción de quienes la propusieron se basaba en una visión del país construida sobre la tradicional capacidad de dominación política y presunción de consenso que había inculcado en la elite del régimen tan larga permanencia en el poder.

El margen de maniobra para todos se había agotado ya a aquellas alturas. La propuesta de apertura había quebrado la unidad de la elite franquista en unas condiciones de conflicto que nada tenían que ver con aquellas producidas en los treinta años anteriores, cuando podían plantear alternativas políticas *dentro del régimen*. Ahora, por el contrario, los enfrentamientos internos habían ido radicalizándose y mostrando algo mucho peor que el agotamiento de una u otra tendencia. Señalaban lo que había sido obvio desde la etapa fundacional del régimen y que era común a todas las experiencias fascistas: la imposibilidad de que el sistema pudiera sobrevivir a la pérdida de cualquiera de sus componentes. La voluntad *integradora* del falangismo se había basado en una perspicaz mirada que iba más allá de sus propios intereses como *parte* del régimen, para desear identificarse con su *lógica* de poder. La identidad del 18 de julio sólo podía actualizarse del mismo modo en que se había planteado en 1936: siendo capaz de

que todos los sectores antidemócratas se vieran igualmente representados en aquella propuesta. La ofensiva falangista encabezada por Utrera habría de mostrar un aspecto de ese esfuerzo de recuperación de la unidad, mucho más que el deseo de marcar las diferencias. Y tendría un final sólo aparentemente paradójico cuando, tras la muerte de Franco y la caída del primer gobierno de la monarquía, la formación de Alianza Popular permitiera reconstruir esa unidad en el marco de una alianza electoral en la que tecnócratas, «democristianos», falangistas y tradicionalistas creyeron poder representar de nuevo a una media España que representaba a la auténtica comunidad nacional.